

Un terrorista de la historieta

Carlos Iván Degregori



Solían darme cinco soles de propina dominical. Con tres compraba un chiste, con S/. 1.09 iba a la matiné del Beverly o del Splendid, y con el vuelto compraba un Sublime o alguna de las tantas cosas buenas que podían adquirirse con 91 centavos.

Los chistes dominicales se acumulaban formando colección, para ser intercambiados con los de otros amigos. Qué será de Lucho Arteaga, especializado en *Superman* y *Batman*, o de Santiago Vega, que guardaba en cajas de Leche Gloria monumentales colecciones de *Los Halcones Negros* —defensores de Occidente— con Chop-Chop, su cocinero amarillo.

Yo era más bien omnívoro. Repletaban mi hemeroteca desde *Titanes Planetarios*, *Cuentos de Brujas* y *Joe Palooka*, —otro defensor, había tantos, de Occidente— hasta *Tarzán* y *La Pequeña Lulú*.

En esa época había incluso —por primera vez— una buena revista nacional de historietas. Cada mes *Avanzada* nos traía las aventuras de Coco, Vicuñín, Tachito y el Padre CEM, de la Cruzada Eucarística Misional, responsable de tan singular revista.

Con frecuencia, al volver del colegio o cuando no íbamos al cine ni éramos suficientes para armar un equipo, nos pasábamos la tarde alquilando chistes en algún kiosko. No había televisión. El movimiento, la hilación entre viñeta y viñeta, la ponía nuestra imaginación.

Después crecimos.

Intelectual serio no lee chistes.

Intelectual de izquierda se da cuenta que chistes transmiten mensaje alienante.

Sí, pues, la manera en que la mayoría de cómics defendía el sistema, resultaba tan burda, que para darse cuenta no fue necesaria la aparición del muy docto "Para leer el Pato Donald".

Pero en el fondo quedaba la nostalgia por el buen cómic. Los condenados serían imperialistas pero eran buenos y lúdicos. Y a una generación que creció con la historieta y el cine de aventuras, le proporcionaron en cierta medida un lenguaje, un ritmo sincopático y quién sabe si en algo, una manera de ver el mundo.

Por un momento hasta el Estado se pretendió serio, intelectual, rociado con algunas gotas de nacionalismo y en descabellada medida prohibió el ingreso al país, entre otros, de Tribilín y Clarabella, que terminaron de esta forma mezclados con otros vetados no tan graciosos como Hoyos, Ulloa o Belaúnde (a pesar de sus recientes bro-

mas).

Para los intelectuales quedaba Mafalda, para los más exquisitos Asterix el gallo. Desaparecida *Avanzada*, no existía prácticamente la historieta nacional, salvo los oprobiosos Sampietri o Boquellanta y, más recientemente, un personaje oportunista que cada 3 de octubre se ponía chullo, cogía su pancarta y se iba al mitin del gobierno, transcurriendo el resto del año con los ojos perpetuamente fuera de las órbitas y segregando saliva a causa de las inalcanzables "mamachitas" que insistían en cruzarse en su camino. Era Manyute, un ser castrado —posiblemente mutilado por su ogriforme esposa Robustiana— cuyo cuerpo terminaba en la cintura, de la cual colgaban a manera de apéndices únicamente dos hilachas como patas de mosca, que remataban en grandes zapatos de plataforma.

Qué diferencia con el Cuy, luciendo orgulloso su pequeño sexo y enarbolando las banderas de la IU como algo natural, inherente a su manera de ser y su visión del mundo.

LA LARGA MARCHA DEL CUY

Y sin querer queriendo llegamos al pequeño roedor andino que nació dispuesto a hacerle la guerra —o la guerrilla— al Raton Mickey en su propio imperio: el de la tira cómica.

Nació inseguro y un poco sin rumbo, pero rápidamente se fue asentando hasta consolidarse como uno de los puntos fuertes de *El Diario*. Y heme aquí, sin necesidad de regresiones infantiles, pasando cada mañana de la primera plana a los titulares internacionales, para desembocar rápidamente en la página de amenidades y seguir cotidianamente, como decenas de miles de peruanos, las aventuras y desventuras de un cuy izquierdoso y desinhibido, que habla del sexo, la vida, la política, y acaba reconquistando su tira invadida a través de un verdadero proceso de liberación nacional.

Hoy sus aventuras están recopiladas en un librito de impecable presentación (1). Algunos intelectuales le critican la comple-

jididad. Sospecho que ellos simplemente no leyeron muchas tiras cómicas; quizá personas de extracción popular pero familiarizadas con el lenguaje del cómic si entiendan las innovaciones.

Porque sea como fuere, el Cuy resulta definitivamente un innovador del lenguaje del cómic, incluyendo el enfoque brechtiano, cuando el Cuy nos dice que su tira es sólo eso, una tira, produciendo el "alejamiento", especialmente cuando la tira invadida se divide en tres y los personajes hablan de ella y se la disputan. No luchan por proteger Metrópolis ni salvar Occidente, sino precisamente la tira. Pero es justo entonces cuando se produce al mismo tiempo la mayor compenetración del lector con los personajes y la propia tira, identificada con el territorio patrio... y tantos otros "niveles de lectura" como le gusta decir a Juan cuando se pone difícil.

Y llegamos a Juan Acevedo, padre del Cuy, suegro de una Pericotita feminista y abuelo de multitud de minúsculos roedores, que no se ha contentado con editar las aventuras de sus criaturas, sino que está dispuesto a que se reproduzcan como lo que son, para lo cual nos transmite sus hasta hoy secretas enseñanzas en un libro titulado: "Para hacer historietas" (2), verdadero manual del terrorismo historietil, con capítulos tan sospechosos como: el ángulo de visión, la onomatopeya, construcción de la cabeza, elementos de la viñeta, las proporciones de la imaginación. En estos tiempos en que hasta el afiche del Censo es considerado subversivo, pobre Matayoshi si lo encontraban con un ejemplar.

Lo de subversivo no es sólo una broma. Esta es una edición de la España post-franquista. La distribución de la primera edición preparada en 1978 por Inide, fue bloqueada en el Perú. Porque Juan entra a combatir al corazón mismo del territorio cultural enemigo.

Su triunfo sólo puede ser producto de una verdadera larga marcha, porque el imperio de la historieta y de las amenidades, es sólido, multitentacular y quizá más sutilmente poderoso que el de miroquesadas y beltranes.

Pero Juan nos llama, a la manera revolucionaria, a crear uno, dos, tres, diez cuyes. Para eso les entrega, a los que tengan la vocación y el talento, un instrumento: "Para hacer historietas".



(1) Juan Acevedo, *Hola Cuy, las aventuras del roedor que se enfrentó al gran imperio y a sus secuaces*. Lima, Italperú, 1981.

(2) *Para hacer historietas*, Madrid, Editorial Popular, 1981.